

Día del amigo

Autor: Gustavo Vignera – www.gustavovignera.com.ar

“Che, ¿vamos pidiendo algo?” le dije a los muchachos en la cantina donde reserva el turco todos los años para esta misma fecha. Por más de treinta años ininterrumpidos el turco me convoca, junto al narigón y al gaita. Es un acontecimiento impostergable e ineludible. Siempre en la segunda semana de Julio sabemos que nos estará llamando, a manera de reloj despertador, para que comamos algo, brindemos como locos y nos caguemos de risa. Es casi una ceremonia, un ritual. Mi viejo me decía que el día del amigo era muy importante ya que se conmemoraba el mismo día en el que el hombre había pisado la luna. “Un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la humanidad” supuestamente esa era la frase que había dicho uno de los astronautas al alunizar y yo me lo creía porque me parecía una historia piola y entretenida. La silla de mi derecha estaba vacía, el turco había reservado una mesa para cinco. Esta daba contra la ventana del boliche permitiéndome relojear lo que sucedía en la calle. Siempre algún colgado de la secundaria alunizaba o mejor dicho se sumaba a nuestro encuentro, pero ya eran las diez y nuestras panzas estaban empezando a crujir. “Unas rabas para ir picando y que vaya marchando una parrillada mixta para tres con fritas a la provenzal” le dijo el turco al mozo mientras descorchaba el vino que había sugerido el gaita, que de vinos la tiene clara. En esa cantina todo es abundante, pedís para dos y comen cuatro, ¡una bestialidad!. “¿A quién tenemos hoy para gastar?” les pregunté mientras señalaba la silla vacía. Ellos se miraron y sonrieron con esa complicidad que me pone un tanto incómodo. “Vamos muchachos, déjense de joder,

¿A quién invitaron?” les reclamé. “Esperá tranquilo, ya debe estar por llegar, es una sorpresa” me dice el narigón levantando la copa para que hagamos el primer brindis. Justo cuando chocamos las copas veo que estaciona una nave importada en la esquina que contrastaba bastante con la cantina en particular y con el *rioba* en general. En eso baja un chavón alto, grandote, trajeado, engominado, parecía un actor de cine. Me lo quedé mirando y veo que entra al boliche dirigiéndose hacia nosotros. Al principio no lo reconocí, pero cuando empezó a saludar, al toque me di cuenta que era el negro López. El... negro... López... si había alguien que había odiado con todo mi corazón desde el último año de la secundaria hasta nuestros días era a ese negro hijo de remil puta. Él se sentó a mi diestra y empezó a hacer bromas y recordar aquellos momentos que compartíamos en el colegio. Yo estaba recaliente. Resulta que desde la primaria, que digo, desde el jardín de infantes, salita celeste, yo era amigo de Adrianita. Íntimos, íbamos en el micro juntos, estudiábamos juntos, hacíamos los trabajos prácticos juntos, juntábamos figuritas juntos, todo pero todo lo hacíamos juntos hasta que ese quinto año se me ocurrió la estúpida idea de hacer un asalto en la terraza de mi casa. Las chicas traían la bebida y nosotros traíamos el chupi. Yo pensé que esa iba a ser la oportunidad de mi vida para declararle mi amor eterno a Adrianita. Estábamos sentados escuchando el tema que nos identificaba “It must be love” de los Madness cuando apareció el negro garca y saca a bailar a Adrianita. En un principio pensé que todo había quedado ahí, hasta ese dramático día en el que iba a buscar unos apuntes de Educación Cívica a su casa ya que me la había llevado a diciembre junto a otras tantas materias. Me cruza con el turco y me tira que Adrianita, mi amiga inseparable, mi amor imposible, mi alma gemela estaba curtiendo con el negro de mierda que esa

precisa noche tenía a mi lado. Aquel día, sin pena ni gloria, me volví a casa sin ir a buscar los apuntes, ni tampoco me presente a dar el examen de esa inútil materia dada la *depre* que tenía. A ella no la vi nunca más, estaba muy dolido, me sentía traicionado y juré borrarla por completo de mi mente aunque me fue imposible. Siempre pasaba algo que me hacía recordarla. Pero a él si lo volví a ver. Recuerdo que en un fulbito improvisado me lo topé y tuve la oportunidad de vengarme con toda mi fuerza yéndole con los tapones de punta tratando de hacerle una quebradura múltiple de tibia y peroné. Obviamente nos fuimos a las manos y si no fuera porque nos separaron quizás tendría que haberme hecho una cirugía reconstructiva de cara o un implante total de cabeza. El turco se levantó para ir al baño y yo salí corriendo tras de él. Frente a los mingitorios le pregunté “¿Vos sos pelotudo o te hacés? ¿Por qué invitaste al negro?”. “Me llamó y quería verse con nosotros, me pareció un buen gesto de parte de él” me contestó mientras se la sacudía agitadamente. “Pero... ¿no te importó lo que yo sentía por Adrianita?” le reclamé. “¡Pero dejate de joder! ¡Eso pasó hace muuuuuchooo! ¡Vamos a festejar y a divertirnos!” me respondió exultante frotando sus manos debajo del secamanos. Me distendí y me olvidé por un momento de mis rencores y de ese hecho terrible que me había marcado la vida para siempre. Hablamos de futbol, de nuestras aventuras amorosas, de nuestros laburos, de las enfermedades y de los medicamentos que tomamos, y de la vida misma. Reímos como chicos y brindamos muchas, pero muchas veces. El negro me hablaba y me miraba como si nunca hubiese pasada nada. Salió, como siempre, el infaltable tema de los hijos, el gaita contó que su hijo se había ido a hacer patria a la madre patria. El narigón, emocionado, se le caía la baba diciéndonos que estaba por ser abuelo. El turco se

llenaba la boca por sus mellizas que se habían recibido de médicas y yo mirando sin aportar nada, porque nunca había podido tener hijos con ninguna de mis parejas, que fueron varias. Orgulloso y cerrando la ronda el negro nos contó lo adorables que fueron varias. Orgulloso y cerrando la ronda el negro nos contó lo adorables que eran los dos pequeños que había tenido con Adrianita y eso me desintegro mi pseudo-alegría hasta terminados los postres. “¿Pero qué hijos chicos que tenés?” le pregunté hipócritamente dado que solo me interesaba saber lo que había sido de la vida de Adrianita. “Es que Adriana, tuvo muchos problemas para quedar embarazada” me contestó con cierta culpa. “Esta bueno tener hijos chicos, te hace más joven” acoté boludamente para llenar el silencio que se había instalado en la mesa. Pagamos a la romana, nos pusimos los abrigos y nos fuimos cantando bajito hacia la vereda. Nos saludamos, me abrace con todos menos con el negro. Hacía mucho frío. “Perdón por la impuntualidad” acotó el negro López. “La verdad que hacía mucho tiempo que no la pasaba tan bien” agregó hurgando con su mano el bolsillo de su traje. Yo lo miré con desconfianza, la misma desconfianza que le había tenido siempre pero potenciada por los años. “Es que tuve que dejarle los chicos a Adriana, yo los tengo los martes y los jueves y un fin de semana de por medio” continuó diciendo. El turco me guiñó un ojo disimuladamente. Yo saqué mi atado de cigarrillos y convide una vuelta. La película de mi vida se estaba rebobinando y un sentimiento extraño me colmaba el pecho. El negro López, al fin, sacó un papelito del bolsillo, en él había un número de teléfono, me lo dio y me dijo un tanto confundido “Adriana sabía que venía a verlos y me pidió que la llames, tiene unos apuntes... creo que de Educación Cívica para darte”.

Fin.